

"Déjalo ser"

por Hugo Maurín

Es más difícil para unos que para otros el asumir aquella máxima de Antonio Lope de Vega, la que nos brindó en sus Paradojas Racionales, "vivir y dejar vivir".



No es raro entonces que el genio popular haya lanzado su "eslogan reivindicativo" (este sí hecho carne en la gente), un puro y simple "dame vida". Cuando pedimos entonces un "dame vida", sabemos qué hay detrás: el permitir desarrollar determinada opción personal, determinada actitud, tal o cual moda o postura, que lejos de ser nociva para otros es ejercitar la sana pluralidad.

Démosle vida a la moda, por ejemplo.

Por un lado la moda es caracterizable como un fenómeno social que resume muchas y muy diversas coordenadas. Allí se manifiesta la tendencia a la singularización de los individuos, y a la vez, la seguridad de hallarse inmerso en la vida de un grupo por la práctica de padrones de conducta similares.

Por otro, el asumir determinada opción en cuanto a la imagen personal que uno irradie, es la síntesis entre un cúmulo de experiencias únicas (tan únicas como las huellas digitales que nos sellan), y un contexto personal, grupal o generacional determinado.

Esquemáticamente con nuestra imagen personal podemos asumir dos posturas. Una que afirma nuestra singularidad, nos personaliza y distingue de la sociedad, tal vez acentuando nuestra pertenencia a un grupo más pequeño. Otra que nos funde en la sociedad y reafirma así un carácter integrativo y despersonalizador.

Cuando dentro de una determinada opción (la cual no tiene por qué ser siempre enteramente racional y coherente), se considera al prestigio como móvil impulsor del aspecto personal, este conjunto de condicionamientos pueden convertirse en agentes represivos de primera magnitud.

Es así, por ejemplo, cuando la mujer fue usada por el hombre para adquirir prestigio, "llevándola" a su lado, y ostentando su condición de ociosa. Si el

prestigio del hombre se apoya en el no trabajo productivo de su mujer, cuanto menos apta para el trabajo ella sea, mejor.

La debilidad física de la mujer será entonces exaltada por la moda, así como la delicadeza de sus manos, el "talle de avispa" o los pies pequeños en la cultura china.

Ejemplos más cercanos: el chico o chica que se queda sin ir a bailar el sábado a la noche, por no tener "esa pilcha de moda" para ponerse.

Los ejemplos no tienen otra cosa en común que no sea el rol que cumple el prestigio, como mecanismo de condicionamiento represivo.

Recorrer 18 de Julio por estos días, es por suerte una experiencia muy diferente a lo que era cinco o seis años atrás. El paisaje edilicio no ha variado mucho, pero sí ha cambiado el paisaje humano. (O por lo menos su aspecto).

El recorrerla hoy, nos deparará variadas sorpresas, que van desde el artesano de plaza Libertad (vestido de artesano de plaza Libertad), hasta quien seguro de su formalidad se pasea de saco y corbata con treinta grados a la sombra.

Quizás quien más llame la atención sea la última generación de adolescentes, los primeros que respiran su juventud en democracia. Algunos de ellos, vistiendo ropas negras llenas de tachas, sombreros gardelianos, caravanas y "esos raros peinados nuevos", se pasean por la principal avenida generando miradas y palabras represivas de quien los ve como el síndrome del acabose de la familia, la patria y la tradición; o tal vez como el botón de muestra de la infiltración cultural yanqui.

Pero toda la censura que sobre ellos se quiera hacer caer es en vano. Porque se mueven bajo un código gestado en los años sesenta, donde el joven es juez y parte en la realidad.

En definitiva, el que se viste de artesano, el que lo hace de izquierda radical, el que lo hace de joven, el que lo hace de "no tan joven", o el que se pone lo que el sueldo le permite, ojalá tuviera con los demás un simple y alegre "let it be" (déjalo ser) o como escribió Lope de Vega: "vivir y dejar vivir".

①

Mucho humo y mucho rock: todo bien

por Alejandro Traversoni

Cansados, medio sordos y tarareando algunas canciones que nos quedaron dando vuelta en la cabeza, nos encontramos caminando, buscando cualquier cosa que nos lleve



a casa en la madrugada del lunes. Una aventura de fin de semana llamada "Montevideo Rock II" terminó, o aún no, porque nos fuimos antes, para poder tener un poco de tiempo para escribir estas líneas. Luego, ya en casa, al encender la radio y comprobar que lo estaban transmitiendo en directo, escuchamos al cantante de una banda decir "prefiero cantar para los mil que quedan, que para los diez mil boludos que ya se fueron...!".

Fue calificado como el evento del año. Claro, a nivel musical rockero y juvenil nunca pasa nada, y el algo se transforma en todo. Por eso muchos vimos con entusiasmo la realización de este festival: algo iba a pasar dentro de un género al que nos consideramos adictos, y queríamos participar tanto fuera como protagonistas, como cronistas.

La organización del evento comenzó a adentrarnos en el clima desde una semana antes. Era una especie de iniciación ritualística. Me explico: así como las sociedades secretas van introduciendo al aspirante a miembro a través de iniciaciones a sus misterios, de esa manera los encargados de organización del festival fueron introduciendo iniciáticamente a los cronistas a los misterios del caos establecido. Acreditaciones que no están, que vení dentro de una hora, que no, que volvé mañana, que no, aquí no hay nadie de los encargados, que andá al Franzini y preguntá por fulana, ¿por quién?, no, no ha llegado, etc., etc., etc.

Por fin y luego de un periplo nada kafkiano, mas sí muy uruguayo, y en base a la buena voluntad de algunas gentes (que las hay, las hay), quedé adentro del recinto, mas sin poder salir, pues mi acreditación periodística era invisible. De palabra.

Fue una entrada muy agitada, como la de quienes sacaron su entrada y se vieron detenidos por la policía para la "revisación": camperas, bolsillos, carteras. Las manos de los y las guardiaciviles buscaban el "algo" en chicos y chicas. Nadie ni nada escapaba: un cinturón con algunas tachas, el paquete de "Plidex", el jarabe para la tos, quizás la pasta de dientes, quedaban retenidos hasta que el dueño se retirara (lo que obviamente no impidió que los "porros" siguieran perfumando el ambiente). "Esto es un ultraje a la intimidad", decía un joven irritado, "¿por qué no le revisan la bombachita?", les gritaba un novio resentido a la policía que había revisado demasiado exhaustivamente a su pareja. De repente la mirada se concentra en tres jóvenes que acaban de entrar. Dos con vestiduras negras, el otro con campera y pantalón camuflados. Pelo cortado al rape. El camuflado llevaba los ojos pintados hasta las sienes, dos alfileres de gancho pendían de sus orejas. Auténticos punks. Los policas les hicieron las revisiones de rutina, y pasaron, pero al rato tres barbudos los detuvieron, los obligaron a sentar y comenzaron una revisión más minuciosa: camisas, pantalones y sus contenidos, zapatos,

medias y el desguasamiento del interior de sus bolsos. "Son de narcóticos", dice alguien a mis espaldas. Las indagaciones se continuaron por quince minutos y por fin quedaron adentro (del espectáculo). Me obligó a la meditación: veinte años después del mayo francés, de la revolución de las flores, de la "Woodstock generation", del "amor y paz", son los peludos los que terminaron cacheando a los pelados...

La entrada seguía dando que hablar. Un joven con un niño en brazos es expulsado: "no pueden entrar menores de doce, hasta quince años acompañados de un padre o hermano", recita el guardián. "¡Pero yo soy la tía!", protesta una señora en la entrada, pero no hay caso. Dos quinceañeros (o menores de) quedan afuera por la misma razón: "¿dónde nos devuelven la plata?", "en la boletería", les dicen. Al rato se aparecen nuevamente: "no nos quisieron devolver el dinero", "¡no puede ser!" dice uno de los cuidadores, "sí, señor, se negaron a devolvernos el dinero, haga algo, por favor", claman desvalidos. El portero toma las entradas, las mira, "¡pero estas son invitaciones!", "y... sí", le responden y quedan con su mirada fija, a la espera de un juego dialéctico que los favorezca, pero no hay caso.

Entramos. El clima era bastante distendido, pese a esos filtros que podían oficiar de tensionantes del ambiente ("uno de cada diez son tiras", dice un cronista amigo con quien nos encontramos).

En el gigantesco escenario los grupos se suceden con extraordinaria puntualidad (por lo menos el sábado, el domingo el ritmo decreció un poco). La organización en ese sentido fue muy precisa. La amplificación, a pesar de tener un volumen para "copar cabezas", fue excelente (sí, sí, créanlo los habitués a los recitales de rock: ese tipo de amplificación existe, no eran cuentos). Luego nos enteramos que al igual que la iluminación, estuvieron a cargo de equipos y técnicos argentinos...

En cuanto a la música, no escuchamos nada nuevo, ni nada que nos "copara" totalmente. Lo que vimos sí es lo que ha pasado con el rock nacional: la institucionalización de lo que originalmente fue un movimiento espontáneo, la transformación del grito rebelde en queja achacosa. Un movimiento que por esencia debe ser dinámico se está petrificando, y por ende pasará a formar parte de "lo establecido". De los extranjeros que actuaron, la bocanada de aire fresco fue el grupo brasileiro "Os Paralamas do Sucesso" (algo asó como "Los Paragolpes del Éxito") que con espontaneidad y soltura que otros no tuvieron, hicieron bailar a los muertos.

El público fue un espectáculo aparte, desde que se está haciendo más participativo: un sesenta por ciento bailó, cantó, en los intervalos se entretuvo haciendo guerrilla de basura, y echó a fuerza de naranjazos y afines al grupo "Los Tontos" por considerarlo "no grato".

Pasó el sábado, pasó el domingo. El recital no termina, aunque falta poco, pero ya hemos visto suficiente. Cuando nos vamos leemos sobre una de las paredes del Franzini un grafiti que dice "Los que tocan acá son unos caretas. ¡viva Pink Floyd!". Todos los que tocan no, pero...

①



**mire bien
por sus
ojos.**

EXIJA:

- seguridad
- confianza
- responsabilidad
- tecnología

PERFECTA EJECUCION
DE TODAS LAS
RECETAS

OPTICA
ALCAZAR
una amiga en quien confiar

Bulevar Artigas 1460 - Tel.: 79 14 26
Frente a la Sociedad Española